

BIROn - Birkbeck Institutional Research Online

Kraniauskas, John (2003) Gobernar es repoblar: sobre la acumulación originaria neoliberal. Revista Iberoamericana 69 (203), pp. 361-366. ISSN 0034-9631.

Downloaded from: <https://eprints.bbk.ac.uk/id/eprint/22281/>

Usage Guidelines:

Please refer to usage guidelines at <https://eprints.bbk.ac.uk/policies.html>
contact lib-eprints@bbk.ac.uk.

or alternatively

GOBERNAR ES REPOBLAR:
SOBRE LA ACUMULACIÓN ORIGINARIA NEOLIBERAL

POR

JOHN KRANIAUSKAS
Birkbeck College, University of London

1

El marxismo, especialmente en sus versiones más heterodoxas, ha sido fundamental en la constitución de los estudios culturales. En los últimos años, sin embargo, su presencia teórica mediadora ha sido enterrada. Mientras el deseo llamado estudios culturales persiste, quisiera reflexionar sobre uno de los cuasi-conceptos más llamativos de Marx — “la así llamada acumulación originaria” — para iluminarlo (e historizarlo) desde la transculturación (otro concepto en vías de desaparición), y viceversa; es decir, para también iluminar el concepto de transculturación desde el de la acumulación originaria.

Cualquier reflexión sobre la dimensión política de la crítica cultural debería hoy, me parece, considerar por lo menos tres cuestiones que se han articulado de varias maneras, pero que aquí describiré brevemente partiendo de ideas exploradas sobre la actualidad capitalista en la obra de Pierre Bourdieu, Manuel Castells y Perry Anderson: la de la razón imperial (Bourdieu), la globalización disyuntiva (Castells) y el desvanecimiento de las identidades de clase (Anderson). Tales reflexiones sirven, además, como encuadre a la introducción de otra posible perspectiva político-cultural sobre el capital contemporáneo transnacional a partir de, aunque no limitada a, sus experiencias latinoamericanas.

2

La obra de Bourdieu ha sido fundamental para la auto-conciencia de la crítica cultural contemporánea: al enfocar sobre los lugares de la producción y el consumo teóricos, ha subrayado, por ejemplo, cómo algunos conceptos generados para entender el estado son, en su mayoría, conceptos estatales; o cómo el discurso de la globalización ha consolidado la globalización, reduplicando y fortaleciendo simbólicamente intereses y procesos neoliberales a escala mundial como, por ejemplo, en la crítica neoliberal de la función estatal. Más recientemente, y con relación a la transnacionalización de los saberes, en la cual incluye a los estudios culturales, a los que llama, sintomáticamente, una “ciencia híbrida” en el sentido de “impura”, Bourdieu ha sugerido que el imperialismo estadounidense se fortalece con la generalización ideológica de las experiencias metropolitanas sedimentadas en la circulación y aplicación de conceptos y categorías. En otras palabras, astutamente

el “imperialismo de la razón” crea un universalismo falso cuya retórica borra los saberes y las experiencias particulares.

Si, por un lado, Bourdieu ilumina un problema bien conocido y de obvia importancia, problematizando nuestras bibliotecas intelectuales tan llenas de citas y buenas o malas traducciones; por otro, parece apoyarse sobre una forma de “pensamiento identitario” (“identity thinking”) característico del positivismo donde, en la relación entre objeto, idea y lugar, los procesos tanto reflexivos como reales de abstracción son invertidos en una voluntad de recuperación o dominación epistemológica que Alberto Moreiras llama “pensamiento locacional”, para reducir (y volver) ideas a (su) lugar (o “tierra natal”) (véase Adorno 1973 y Moreiras 2001). Así, la sorpresa, la violencia y el movimiento —la historia— que dinamizan la producción de ideas se reducen a la proposición de que al “viajar” (si éste es el término correcto aquí), éstas simplemente llevan su lugar a otro lugar, como diría Augusto Roa Bastos, aunque lleven consigo, por ejemplo, una crítica de sus propias coordenadas territoriales y/o imperiales. Esto no es, entonces, un rechazo a la relación entre poder y saber, sino a su identificación inmediata. Motivado quizás por cierto nacionalismo intelectual —el efecto negativo de su antiimperialismo— y por un deseo de defender cierta cientificidad disciplinaria, Bourdieu no percibe la materialidad de lo que Roberto Schwarz llama el “fuera de lugar”. En Bourdieu, más bien, el destino de las ideas parece meramente servir y/o replicar su origen. La función de la crítica, por eso, se reduce a poner (volver) todo en (a) su “propio” lugar.

3

Pero tal vez una de las razones que explican la institucionalización transnacionalizada de operaciones críticas asociadas con los estudios culturales es que los lugares, sus coordenadas y sus relaciones económicas, políticas y culturales, han sido transformados en una neo-territorialización más o menos general y violenta (un proceso que, incluso, podría ayudar a explicar su emergencia en la Inglaterra posimperial de posguerra). Es este proceso de neo-territorialización el que quisiera re-describir aquí, parafraseando a Marx, como una forma de “acumulación originaria neo-liberal”.

La importancia, en este sentido, de la obra de Manuel Castells es que introduce cierta materialidad disyuntiva (económica y política) en el espacio recorrido tan fácilmente por las ideas en la perspectiva de Bourdieu: el espacio difícil de la traducción y la translocación, de la lectura y la rearticulación; el espacio violento también de la abstracción social, es decir, de lo que he llamado “the work of transculturation” (Kraniauskas 2000). Claro, tal ruptura no impide la sutura imperial que facilita el viaje, pero introduce conflictos, hibridaciones y transformaciones sociales esperadas e inesperadas que, por un lado, obstruyen la voluntad de instrumentación de equivalencias y, por otro, potencian aperturas críticas. En otras palabras, el sentido (de la traducción) no es dado. Una de las preguntas que emergen del análisis del “network capitalism” contemporáneo en las reflexiones de Castells es precisamente que ya que la globalización es casi un lugar común, ¿qué tipo de lugar es este lugar? Una pregunta, claro, con una larga historia en el pensamiento latinoamericano, y que también constituye una de las condiciones de existencia tanto del modernismo, según Marshall Berman, como del desarrollismo (tan importantes, ambos,

para las formulaciones neo-regionalistas de la transculturación, la heterogeneidad y la hibridez).¹ Para Castells, mientras tanto, el “espacio de los flujos” combina la lógica de la acumulación transnacional del capital, las gramáticas computacionales digitalizadas y su administración por una burocracia que coordina y ordena nuevos saberes y formas de control y mando jurídico-políticos (lo que Hardt y Negri llaman una nueva soberanía: “imperio”). Este espacio, insiste Castells, se ha abstraído de los “espacios de lugares” —las instituciones, saberes y políticas asociadas con el sistema político-económico de naciones-estado e industria pesada— pero sólo para replegarse y subsumirlos a su lógica (“arruinándolos”, podría decirse, con referencia a los discursos contemporáneos sobre la pertenencia, la melancolía y los espectros: hoteles, aeropuertos, “Silicon Valley”, algunas universidades... y otras ruinas).

4

De manera esquemática, entonces, este proceso de neo-territorialización se ha experimentado no sólo por la emergencia, por ejemplo, de fundamentalismos y violentas “identidades rapaces” (en palabras de Arjun Appadurai), sino más estructuralmente como una separación de la representatividad política y de la acumulación económica debido al efecto del acelerado desarrollo del capital y la tecnología que ha sido responsable de las crisis democrático-nacionales así como de la reorganización —hacia arriba, hacia abajo y hacia afuera— de soberanías y subjetividades políticas: la re-territorialización jurídico-política. Y esto es, finalmente, una dimensión clave del diagnóstico de la posmodernidad hecho por Perry Anderson. En su perspectiva, la experiencia fundamental de la posmodernidad es el desvanecimiento de las identidades de clase, especialmente la burguesa. Siguiendo a Castells, se trata de la dificultad de traducir en términos políticos, en su nuevo nivel de abstracción globalizada, la clásica contradicción entre la socialización de la producción y la apropiación privada. ¿Cómo identificar hoy a la burguesía?, pregunta; ¿y a su negación, el proletariado?, se podría añadir. La narración política de *El manifiesto comunista*, escrita en un contexto revolucionario dentro del horizonte establecido por el estado-nación (Alemania), ha sido transformada y subordinada al drama económico de *El capital*, en donde tanto la burguesía como el proletariado son “variables”, donde se trata, en otras palabras, de un problema de “recomposición” de clase. Anderson escribe: “En lugar de un anfiteatro sólido tenemos un acuario lleno de formas evanescentes flotantes -los proyectores y gerentes, auditores y porteros, administradores y especuladores del capital contemporáneo: las funciones de un universo monetario que ya no conoce fijeza social o identidades estables”. Otra vez, el espacio de los flujos... El espacio también de la imagen en movimiento (recordándonos que el libro de Anderson es en primer lugar un libro sobre la obra de Fredric Jameson).

Una perspectiva alternativa sobre los estudios culturales en este contexto de re-territorialización y crisis de representatividad política, entonces, podría destacar su

¹ “From this inner dichotomy, *this sense of living in two worlds simultaneously*, the ideas of modernization and modernism emerge and unfold” (Berman 1982 17, subrayado mío). Una observación fundamental.

condición de saber histórico y privilegiado que ocupa (o más bien, que es constituido por) el espacio quebrado entre el “lugar” y el “no-lugar”, sintomatizado, quizás, tanto en la obra de Walter Mignolo como en la de Néstor García Canclini, por su peculiar combinación transdisciplinaria de antropología (“lugar”) y semiótica (“no lugar”). Esto podría pensarse, incluso, como la transculturación de los estudios culturales: estructurados por la disyunción, los estudios culturales transnacionales pueden, por eso, ser tanto un saber clave del “network capitalism” en su instrumentación de las superestructuras comunicativas, simbólicas e informáticas como fuerzas productivas, como su posible crítica. En otras palabras, los estudios culturales se han constituido como uno de los terrenos claves de lucha ideológica, pedagógica y simbólica del capitalismo transnacional.

5

¿Cómo se ha reconfigurado políticamente la crítica cultural a la luz de este proceso de transnacionalización disyuntiva? Hay por lo menos tres posiciones cosmo-políticas fuertes que se proyectan desde y hacia este terreno transnacional. Todas se apoyan en conceptualizaciones fundantes que son, por lo menos en primera instancia, no-nacionales: el neo-cosmopolitismo (estoy pensando en la obra de Bruce Robbins, por ejemplo, pero también en las teorías sobre la hibridización de Homi Bhabha y García Canclini), el nuevo antiimperialismo (aquí estoy pensando en la obra reciente de Michael Hardt y Antonio Negri), y el subalternismo (la obra de Ranajit Guha, Dipesh Chakrabarty y la más radical de Gayatri Spivak, fundamental aquí). En su intento por renovar el viejo cosmopolitismo de Kant, que tenía la visión ilustrada de “una sociedad civil que pueda administrar la justicia de manera universal”, el neo-cosmopolitismo (poscolonial) incorpora a su “otro” nacional y/o étnico a través de la idea de lo híbrido y la democratización de la idea del viaje (“traveling”): hoy todos somos cosmopolitas. Al canibalizar su otro, sin embargo, este cosmopolitismo peligra en deshacerse bajo el peso de su deseo desideologizador. Como en el caso del nuevo antiimperialismo, el tiempo de su política no solamente pasa por el espacio de los flujos, que es obviamente fundamental, sino que se formula según su lenguaje (ya que los estados-naciones han sido neo-liberalizados, es posible sugerir una defensa de las políticas benefactoras, basadas en los derechos humanos a nivel internacional). La diferencia fundamental es que para Hardt y Negri este espacio no es solamente administrativo, sino que está constituido por los conflictos transnacionales entre el capital y los “nuevos bárbaros”. El paradigma de la “migración” —tanto intelectual como de mano de obra— es fundamental para ambas posiciones.

Por su parte, el subalternismo se basa, en mi opinión, en una crítica totalizante del tiempo —tanto histórico-narrativo como político-económico— del “desarrollo” y sus aparatos, es decir, de la acumulación del capital como orden espacio-temporal transnacional, y su “pre”-historia colonial. Bajo tales condiciones, y aunque directamente subordinados al capital, se marginaliza a sujetos subalternizados no solamente del espacio de los flujos, sino también de los espacios de los lugares en proceso de ruina (a los cuales ya problematizan desde la autovaloración). La obra de Spivak, en este sentido, puede leerse como crítica a la generalización abstracta del paradigma del migrante. Desde esta perspectiva, tanto el neo-cosmopolitismo como el nuevo antiimperialismo reproducen el

tiempo del desarrollismo (o como reforma o como revolución); es decir, el tiempo de su política re-subalterniza a los que son explotados pero no posmodernizados (donde la posmodernización de la producción fortalece la producción no-posmodernizada en, por ejemplo, el espacio feminizado de lo “inter-méstico”). El poder del capital consiste en abstraer “de” y subordinar “a” *todos* los otros tiempos; frente a la diferencia es, como diría Hegel, “indiferente”.

6

Quisiera sugerir aquí, finalmente, que hay otro paradigma, o mejor, otra formación crítico-cultural que ilumina las críticas de la transnacionalización disyuntiva arriba mencionadas de manera interesante, desde la perspectiva de sus presuposiciones históricas y sociales: es decir, la historia escrita a sangre y fuego, como dice Marx, de la “así llamada acumulación originaria”, hoy ya no tan original, lo cual significa que, aunque particular en su formulación, es generalizable. Desde mi punto de vista, esta constelación crítica —la crítica de la neo-territorialización— podría incluir desde las historias recientes de la biopolítica argentina contenida en la obra de David Viñas y Josefina Ludmer, y que empieza, quizás, con el enunciado de Alberdi “Gobernar es poblar”, hasta los ensayos de Nelly Richard, que responden al “golpe” (de estado y a la lengua) con el “tajo” (de la crítica), y de Horacio González, cuyos escritos estetizantes se nos presentan como el lugar privilegiado de una suerte de lirismo tanto político como melancólico. Desde esta perspectiva, incluso, la voz testimonial (de Esteban Montejo a Rigoberta Menchú) nos cuenta historias violentas de las recomposiciones de la clase trabajadora en la región (desde la esclavitud a la proletarianización). Este paradigma concentra su atención crítica en la producción y reproducción de cuerpos sociales “dóciles”, y al hacerlo ilumina la “migración” neo-cosmopolita y la “marginalización” subalternista desde el *exilio generalizado y la desaparición ejemplar*. Tal es la acumulación supuestamente originaria del estado neoliberal a que me he referido: formas violentas de reterritorialización del soberano en donde la idea gubernamentalista de “poblar” se revela más bien como una lógica estatal de “despoblar” y “repoblar”.

El capítulo escrito por Marx sobre “la así llamada acumulación originaria” refleja, de manera desigual me parece a mí, una variedad de procesos —desde las leyes en contra del vagabundaje y el rol del crédito al colonialismo— involucrados en la emergencia del capital, su acumulación y reproducción. Para finalizar, quisiera destacar aquí dos de sus aspectos. En primer lugar, la acumulación originaria es, paradójicamente, una presuposición *continua*: sostiene al capital y acompaña los cambios en los regímenes de acumulación, desde la manufactura, pasando por la industria pesada, hasta la informática contemporánea, al tiempo que rearticula formas *no*-capitalistas y *pre*-capitalistas. Tal posición es apenas sugerida de forma ambigua por Marx. Uno de sus posibles efectos, sin embargo, es el de despegar la idea de la acumulación originaria de las narraciones historicistas de la “transición”, tan criticadas como eurocéntricas por escritores subalternistas como Chakrabarty y Spivak, así como también el de resaltar la violencia de las reconfiguraciones desarrollistas (véase Chakrabarty 2000). En segundo lugar, siguiendo a Althusser, he subrayado su dimensión política, en que la compulsión violenta reconstituye tanto

soberanías como formas estatales; aquí, en un ensamblaje estatal neoliberal transnacional y transcultural que pasa por los espacios de la disyunción y conjuga, a veces catastróficamente, flujos, lugares y saberes, incluyendo a los estudios culturales. Y poderes, claro está.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, Theodor W. *Negative Dialectics*. London: Routledge, 1973.
- Althusser, Louis. *Machiavelli and Us*. London: Verso, 1999.
- Anderson, Perry. *The Origins of Postmodernity*. London: Verso, 1998.
- Berman, Marshall. *All That Is Solid Melts Into The Air: The Experience of Modernity*. London: Verso, 1982.
- Bourdieu, Pierre y L. Wacquant. "On the Cunning of Imperialist Reason". *Theory, Culture and Society* 16/1(1999): 31-58.
- Castells, Manuel. *The Rise of Network Society*. Oxford: Blackwell, 1996.
- Chakrabarty, Dipesh. *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*. Princeton: Princeton University Press, 2000.
- Kraniauskas, John "Translation and the Work of Transculturation". *Traces* 1 (2000): 95-108.
- González, Horacio. *Restos pampeanos*. Buenos Aires: Ediciones Colihue, 1999.
- Moreiras, Alberto. *The Exhaustion of Difference: The Politics of Latin American Cultural Studies*. Durham: Duke University Press, 2001.
- Richard, Nelly. *Residuos y metáforas*. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 1998.